CAPÍTULO LVIII. *Que Motecuhzuma se resuelve en decir a Cortés que se vaya de sus reinos; y las causas que tuvo para decírselo, y lo que Cortés responde*

UANDO MÁS EMBEBIDO ANDABA CORTÉS pensando de enviar un presente al rey, dineros a La Española y a otras islas por armas y caballos y nuevas de su prosperidad, convidando a los amigos y a otros para que acudiesen y pensando que por estar apoderado de la persona de Motecuhzuma podía señorear el estado, si le acudiese gente, con el favor de los tlaxcaltecas y los otros que se le habían ofrecido y los demás que sabía que eran sus enemigos, comenzó a volverse la cara de la fortuna por secretos juicios de Dios; no embargante que Fernando Cortés fue tan temeroso cristiano que siempre acudió a él, oyendo cada día misa, procurando que su gente hiciese lo mismo y diesen buen ejemplo, viviendo recogidamente y trabajando en la conversión de aquellos infieles con prudencia, según las ocasiones y estado de los tiempos, porque el presente no era para tratar abiertamente de este punto; pero con todo eso fue grandísima parte para que no fuese tan frecuente como antes el derramamiento de sangre humana en los sacrificios; y el padre Juan Díaz y fray Bartolomé de Olmedo, que en esto ayudaban lo que podían, todavía bautizaban algunos que aficionados de la conversión de los cristianos lo pedían, aunque eran pocos, porque se les hacía de mal dejar su religión y por el miedo de los otros.

Fue pues la mudanza que se ofreció que estando toda la gente con gran regocijo mandó Motecuhzuma llamar a Fernando Cortés con Orteguilla, que como ya sabía razonablemente la lengua gustaba que le sirviese; y dijo a Cortés que el rey le llamaba y que supiese que aquella noche y parte de el día habían estado con él hablando de secreto muchos sacerdotes y caballeros. Cortés dijo que no le agradaba aquel mensaje; tomó doce castellanos de los que más a la mano halló, fue reportando y disimulando el alteración que había sentido. Llegado a Motecuhzuma le saludó con mucho comedimiento; preguntóle qué mandaba. Recibióle con rostro grave, diferente de lo que solía, metióle de la mano en una sala, y como ya estaba algo enseñado de la pulicía castellana, mandó traer asientos y estando todos los demás en pie y dos intérpretes a los lados, dijo: capitán Cortés, mis dioses están conmigo enojados porque tanto tiempo os he consentido estar en mi ciudad destruyendo nuestra religión; dicen que me quitarán el agua, perderán las sementeras, enviarán pestilencia y harán señores de mi estado a mis enemigos. Yo os ruego que salgáis luego de aquí; pedidme lo que quisiéredes, que yo os amo mucho y si esto no fuera así, no os lo rogara porque soy poderoso para haceros mal y no os lo diré otra vez; tomad de mis tesoros lo que quisiéredes y id contentos porque mis dioses no quieren pasar por lo que hasta ahora se ha hecho. Y pues veis que no puedo hacer otra cosa, por su honra y por la mía no recibáis pena. Acabadas estas ra-

zones, antes que el intérprete comenzase a hablar, volvió Cortés a un castellano y dijo: corred a los compañeros y decid que estén a punto, que se trata de sus vidas.

Habiendo acabado el intérprete, Fernando Cortés, con mucha compostura, esforzando su ánimo, dijo que había visto por experiencia lo que le amaba y que sabía que no quedaba por él que estuviese en su compañía; pero que pues así parecía a sus dioses y a sus vasallos que viese cuándo mandaba que se fuese. Recibió tanto contento el rey de esta respuesta que replicó que no quería que se fuese sino cuando lo tuviese por bien y que entonces le daría cuatro cargas de oro y a cada hombre de a caballo dos y una a cada peón. Dijo Cortés que no podía volver a su tierra sin navíos y pues había dado al través con los que trajo, le suplicaba le mandase cortar madera en la Vera Cruz, que los indios de hacia la costa de Chalchiuhquecan lo harían, que él tenía quién los fabricase. Pareció bien a Motecuhzuma, mandó cortar la madera; proveyó Cortés de maestros para que hiciesen lo que ordenase Martín López, para tal efecto. Y Motecuhzuma, que no debía de ser muy malicioso creíalo; y Cortés dio cuenta a sus compañeros de la voluntad de Motecuhzuma; animólos, díjoles que Dios, cuya causa trataban, proveería, entre tanto que se labraban los navíos, de remedio para que no perdiesen tan buena tierra; y a Martín López advirtió que aunque se procurase de mostrar diligencia y gana de acabar la obra, la fuese con disimulación deteniendo y avisando por momentos de lo que pasaba.

Movieron a Motecuhzuma algunas cosas para mudarse de la opinión que hasta entonces había tenido. La primera, el ordinario combate de los suyos que decían era vileza, que siendo el mayor señor de el mundo, se dejase tener oprimido de aquellos pocos forasteros y que convenía que luego los echase de sí, por su honra y de toda la nobleza de su imperio; para lo cual se le ofrecían y que si no lo hacía, no le querían por señor porque no esperaban de él mejor fin que Quauhpopoca y Cacamatzin, su sobrino, y que eligirían otro señor. La segunda, que el diablo, que muchas veces le hablaba, le amenazaba si no mataba aquellos codiciosos castellanos o los echaba de su reino, diciendo que nunca tendrían salud sus vasallos y destruiría las sementeras (y sería porque le atormentaban las misas, las cruces y el bautismo de los cristianos). Respondióle Motecuhzuma, que siendo sus amigos y buenos hombres, no era bueno matarlos; pero que les rogaría que se fuesen y cuando no quisiesen los mataría. Replicaba el demonio que lo ejecutase, porque, o él se había de ir o los castellanos, porque dos contrarios no podían vivir en una casa; aprovechándose el maldito demonio de la sentencia de Cristo,[1] que dice de él a los hombres que ninguno puede servir a dos señores. Y según aquello de Isaías,[2] el lecho y cama es angosta y el palio o cobertor corto, que no es posible que cubra a dos juntamente; queriendo el falso engañador que lo que de él y su malicia se dice, se entendiese en esta ocasión de nuestro señor Dios y de sus cristianos. Pero valióle poco porque lo que tramaba contra ellos se volvía sobre su cabeza.

[1] Math. c. 6.
[2] Isai. c. 28.

Era también Motecuhzuma de condición mudable y se arrepintió de lo hecho y le pesaba de la prisión de su sobrino Cacamatzin, a quien había querido mucho y porque conoció que los castellanos poco a poco se iban haciendo señores de sus tierras, y (lo que peor era) de su persona y porque le había certificado el demonio que si apartaba de sí aquella gente no se acabaría en él el imperio de los de Culhua, sino que con mayor prosperidad se iría dilatando y reinarían después de él sus hijos y descendientes y que no creyese en agüeros, pues era pasado el año octavo y andaba en los diez y ocho de su reino; y así fue cosa cierta que antes que Motecuhzuma hablase a Cortés, tuvo apercibidos cien mil hombres de guerra para echarle por fuerza en caso que por bien no quisiese irse.

CAPÍTULO LIX. *Que Pámphilo de Narváez viene a Nueva España con una armada que el adelantado Diego Velázquez hizo, y cómo llegó a la costa y echó el ejército en tierra y le prendieron los mensajeros y trajeron a Mexico*

RA MUY GRANDE EL SENTIMIENTO que tenía el gobernador Diego Velázquez del tiro que le había hecho Fernando Cortés y mucho se le acrecentaban los buenos sucesos que oía y las riquezas de la tierra que se habían descubierto sin haberse hecho ninguna suerte de reconocimiento, habiendo gastado tanto de su hacienda en aquella armada. Aumentaba también su pena el parecerle que si hubiera ido en persona no se le hubiera escapado la buena dicha de aquel viaje y tanto más lo sentía cuanto vía que las cosas se iban acomodando en favor de Fernando Cortés, así por los procuradores que habían ido a la corte con el quinto y presente para el rey, como por la mucha gente que había que se inclinaba a venir a Nueva España a servir debajo del nombre de Cortés, el cual ya era celebrado en todas las Indias. Y conociendo que la gente, de una manera o de otra, se había de venir, acordó de recogerla y traerla en un armada que determinó de hacer, y venir en persona contra Fernando Cortés, pareciéndole que su presencia sería de importancia, pues el delito sería doblado cuando no le respetase; aliende de que siendo la mayor parte de la gente que andaba en Nueva España, hechuras suyas, deudos, amigos y criados suyos, le obedecerían. Estando pues aderezando el armada y habiendo el Audiencia de La Española tenido aviso de su propósito, envió al licenciado Lucas Vázquez de Aillón, uno de los oidores de ella, para que procurase estorbar aquella jornada, diciendo que la presencia de Diego Velázquez era necesaria en Cuba; pues mediante su autoridad se conservaba la gente castellana y los indios vivían en sosiego, y que si iba no había duda, sino que por ser tan amado le siguiría toda la gente y la isla quedaría despoblada. Lo mismo le aconsejaba Vasco Porcallo de Figueroa, Baltasar Bermúdez y Pámphilo de Narváez, hombres principales, y que cada uno deseaba que le